

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Abril de 1888

Año III N.º 28

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

La Mentira Matrimonial

VI

TIENE el hombre dos poderosos instintos que dominan toda su vida y dan el primer impulso á todas sus acciones: el instinto de la conservación personal y el de la conservación de la especie, que se manifiestan, el primero, en su más simple expresión, por el hambre, y el segundo bajo la forma de amor. Desconócese cómo obran las fuerzas que intervienen en la nutrición y en la reproducción, pero vemos claramente sus efectos: no sabemos por qué un individuo cumple su desarrollo en un periodo diferente que otro; ignórase igualmente por qué se diferencia tanto la duración de la vida entre las varias especies animales, mas sí sabemos que cada sér está destinado á duración vital determinada que puede acortarse por la influencia de las fuerzas exteriores, pero que no se extralimita jamás.

Supónese que las especies también están organizadas para una duración fija: del mismo modo que los individuos, nacen las especies en un momento preciso, se desarrollan, alcanzan su madurez y mueren. El ciclo vital de una especie es demasiado extenso para que los hombres hayan podido fijar, ni en un solo caso, por la observación directa, su punto de partida y su fin, pero la paleontología ofrece numerosos puntos de apoyo sobre los cuales puede afirmarse con certidumbre el paralelismo de las leyes de vida y de desarrollo entre el individuo y la especie. En tanto que el individuo no ha gastado la fuerza vital de que se halla dotado desde su nacimiento, lucha esforzadamente para conservarse; cuando esa fuerza vital se agota, decae, se abandona y muere. Lo mismo sucede con la especie. Mientras la vitalidad de la especie es poderosa, cada individuo completamente formado, se inclina poderosamente á la unión con el de sexo diferente, y cuando esa vitalidad decae, los individuos se hacen indiferentes para la reproducción y llegan hasta no sentir el menor impulso hacia ella. El egoismo y la solidaridad son medidas seguras para apreciar la fuerza vital de una especie y aun de naciones y razas humanas: cuanto mayor es el número de individuos que ponen su propio interés sobre todo deber de solidaridad y de toda idea de desenvolvimiento de la especie, más cercano está el término de su vitalidad; por el contrario, cuanto mayor es el número de los individuos que tienen el instinto del heroísmo, del desinterés y del sacrificio personal mayor y más poderosa es la fuerza vital de una nación. La decadencia del egoismo y la

destrucción total sobreviene si no se retarda por cruzamientos ú otras circunstancias favorables. Cuando una raza ó una nación llega á su término, los individuos pierden la facultad de amar sana y naturalmente; perece el espíritu de familia; los hombres no quieren casarse por no arrostrar la responsabilidad de otra vida humana ni ocuparse de otro sér; las mujeres temen los dolores y las molestias de la maternidad y recurren, aun en el matrimonio, á los medios más inmorales para no tener hijos; el instinto de reproducción, falto de su principal objeto, se pierde ó se pervierte por las más extrañas aberraciones; la función más importante del organismo, la que no puede cumplirse antes de alcanzado el desarrollo pleno y al cual se asocian las más vivas sensaciones, se rebaja hasta una infame lujuria; propáganse toda clase de vicios contra natura, y por último el fingimiento y la hipocresía cubre con repugnante máscara la podredumbre que ocupa el lugar de las virtudes naturales.

La humanidad ha reconocido siempre, primero por instinto y después por razón, que nada era tan importante como la conservación de la especie; por esto el amor es la base casi exclusiva de la literatura universal, y los Estados han intervenido por medio de ciertas ceremonias en la unión de los dos sexos con el fin de impedir que el amor no descienda de su elevada misión.

En nuestra alta civilización, lo mismo que en sus orígenes, el instinto sexual se somete á la vigilancia de la sociedad para preservarse así de caer en el vicio; aun hoy el matrimonio es la única forma autorizada por las leyes para las relaciones entre el hombre y la mujer. Veamos ahora lo que la mentira de nuestra civilización ha hecho del matrimonio. El matrimonio es un arreglo material donde queda tan poca parte al amor como en el contrato de dos capitalistas que emprenden juntos un negocio; continúa teniendo por pretexto la conservación de la especie, supone teóricamente la atracción recíproca de dos individuos de sexo diferente, pero de hecho el matrimonio no se celebra en bien de la generación futura, sino solamente en interés de los individuos que contratan la unión. El matrimonio moderno, particularmente en las clases superiores, carece de todo carácter moral y, por consiguiente, de toda razón de ser antropológica; cuando debiera ser la sanción de la solidaridad, es la del egoísmo. Los que se casan quieren en su nuevo estado, no vivir el uno para el otro, sino encontrar mejores condiciones para la continuación de una existencia cómoda y exenta de responsabilidad; búscase en el matrimonio una fortuna, un rango social, la satisfacción de una vanidad ó el goce de los privilegios que la sociedad niega á las mujeres célibes y concede á las casadas. Al casarse nuestros privilegiados piensan preferentemente en el salón, en la cocina, en el paseo, en el teatro, en los baños de mar, etc., y descuidan cuanto se refiere al porvenir de la familia, del pueblo, de la humanidad, y es natural que la decadencia y la ruina sean el patrimonio de pueblos en cuyos matrimonios triunfe el egoísmo de los esposos y donde el hijo es una casualidad, un accesorio, una consecuencia difícil de evitar ó también el resultado de un descuido.

Podrá objetarse que el matrimonio de los salvajes difiere poco en lo esencial del de los civilizados, ya que allí se encuentra también el egoísmo y podría suponerseles también atacados de decadencia; pero sobre que los pueblos incultos tienen más vigor, les favorece también el hecho de que los individuos difieren poco física é intelectualmente, por lo que el instinto de la reproducción no se individualiza más que en el momento pasajero de su cumplimiento; ninguna selección preside á la unión de los sexos, y el resultado será siempre el mismo sea cual fuere el modo con que la unión se realice. Por el contrario, en los pueblos civilizados, donde los individuos son muy diferentes entre sí, el instinto sexual se hace exclusivo y la elección es dudosa, y preciso es que así sea para que la descendencia sea vigorosa y apta para la vida.

La química llama afinidad electiva á la tendencia de dos cuerpos á confundirse en un nuevo producto, que en casi todas sus propiedades son completamente distintos de los cuerpos primitivos. Dos cuerpos que se encuentren en contacto sólo producirán una juxtaposición estéril. El organismo humano produce resultados absolutamente análogos: dos individuos ejercen ó no uno sobre otro una acción recíproca: si tienen afinidad electiva, se amarán, volarán con impaciencia el uno al otro y serán el origen de formaciones nuevas; si no tienen esa afinidad, permanecerán fríos é indiferentes y, por tanto, sin acción recíproca. Vese en esto propiedades primordiales de la materia inexplicables por hoy. Así como nadie puede decir por qué el oxígeno se une al potasio y por qué el ázoe no se une al platino, nadie puede dar la razón de por qué un hombre ama á una mujer y no á otras y viceversa. El matrimonio es como un recipiente en que se hallasen contenidas dos individualidades químicas; si existe entre sí afinidad electiva resultará lleno de vida; de lo contrario, la muerte. Pero ¿quién piensa en la afinidad electiva en el matrimonio?

Sólo hay dos clases de relaciones entre el hombre y la mujer: ó bien se fundan en la atracción recíproca y tiene por objeto consciente ó inconsciente la reproducción, ó sólo se proponen la satisfacción del egoísmo bajo cualquier forma; las primeras son justificadas y morales, las otras forman la gran categoría de la prostitución.

La criatura depravada que se ofrece al transeunte por una moneda, se prostituye; el joven que galantea á una vieja verde mediante su cuenta y razón, se prostituye también, y la misma vileza cometen el que sin amor corteja á una rica heredera, el entretenido por su querida y la casta doncella que da su mano ante el altar á un individuo que la ofrece una brillante posición, con la circunstancia agravante de que en este último caso la madre suele ser la arregladora de la boda, haciendo las veces de repugnante proxeneta (1).

Toda alianza contratada entre un hombre y una mujer con el objeto de satisfacer miras egoistas es pura prostitución, tanto si ha sido autorizada por un cura, un funcionario civil ó una celestina. El resultado de

(1) *Alcahueta*, en castellano castizo.

estas uniones es la procreación de seres degenerados, poco aptos para la vida física y faltos absolutamente de toda aptitud para las grandes aspiraciones de la vida moral, y por otra parte, cuando individuos así ligados se encuentran con otros con los cuales pudieran tener afinidad, hállanse imposibilitados de conseguir su objeto, viven desgraciados y engendran la desgracia, y todos juntos empujan á la humanidad por la pendiente del mal y del sufrimiento.

*

Concebido primitivamente el matrimonio como la única forma lícita de establecer las relaciones sexuales, ha perdido por completo su valor y se ha convertido en la más grande de todas las mentiras de la sociedad. Se efectúa el matrimonio por lo general sin que los contrayentes se preocupen de las propias inclinaciones, debido á que la juventud, por el ejemplo de la vida y por la literatura, considera al matrimonio como diferente y aun opuesto al amor. Cada contrayente se reserva el propósito de no dejar influir su corazón por esa formalidad, obrando así en consecuencia de la organización económica de los pueblos civilizados, cuya base es el egoísmo; conoce el individuo y no la especie; preocúpase del interés inmediato el primero y desconoce y descuida por completo el de la segunda. Esto implica una explotación espoliadora que sacrifica el porvenir al presente, que no tiene entre sus numerosos sostenedores, agentes y consejeros, un solo abogado de las generaciones futuras. ¿Qué importa á una sociedad así organizada que la reproducción se haga en las condiciones más desfavorables? La generación presente sólo piensa en sí misma; cuando puede deslizarse su existencia cómodamente, llena sus deberes respecto de sí, no conoce otros. La generación siguiente á su vez hará lo mismo, y si por falta de sus padres se ve raquítica y estúpida, que se arregle como pueda. Los hijos del matrimonio sin amor son criaturas miserables; los del amor sin matrimonio son víctimas de la proscripción social y sus madres son mártires de las preocupaciones. El horizonte del individuo no alcanza á vislumbrar la humanidad; todos los sentimientos primordiales, entre los cuales se encuentra la solidaridad, degeneran; el sufrimiento del prójimo no turba ya el placer del hombre degenerado, y ni el pensamiento de que la humanidad hubiera de perecer con la generación presente decidiría á la sociedad á cambiar un género de vida en que el individuo se mueve á su gusto.

El instinto sexual ha llegado á ser objeto de una explotación egoísta, y como es el más poderoso de todos los instintos, puede especularse sobre él con toda seguridad. Hé aquí por qué el hombre y la mujer convierten el acto solemne de la conservación y desarrollo de la humanidad en un medio de proporcionarse rentas personales. No puede censurarse al individuo de nuestra civilización que considere el matrimonio como un refugio y se determina á efectuarlo mediante la fórmula: «¿Quién da más?» Ve que el mundo toma la fortuna por medida del valor individual; ve al rico banquetear, y Lázaro, hoy, como en los tiempos bíblicos, yace en tierra; conoce el ardor y la violencia de la lucha por la existencia y las di-

ficultades de la victoria; sabe que no debe contar más que consigo mismo y con su propia fuerza; si sucumbe, ningún socorro puede esperar, y por tanto nada cree deber á una humanidad que no le dará ocupación lucrativa si se halla sin trabajo, que no dará pan á sus hijos si mañana carecen de él, y que si muere no cuidará de su viuda ni de sus huérfanos.

La consecuencia de tal manera de pensar es la rápida degeneración de la especie, pero la víctima inmediata es la mujer; el hombre sufre poco: si no se siente asaz vigoroso ó si carece del valor necesario para tomar sobre sí la responsabilidad de fundar una familia en medio de una sociedad enemiga y explotadora, queda célibe, sin renunciar por eso á la plena satisfacción de todos sus instintos, porque celibato no es en manera alguna sinónimo de continencia; antes al contrario, parece que el célibe se halla tácitamente autorizado por la sociedad para convertirse en una especie de Tenorio.

La mujer en los pueblos civilizados se ve reducida á ver en el matrimonio su único destino, y sólo en él puede encontrar la satisfacción de todas sus necesidades; debe casarse para ser admitida al ejercicio de sus derechos naturales de individuo enteramente desarrollado para recibir la consagración de la maternidad y con frecuencia también para ponerse al abrigo de la miseria. Considérese la triste situación de la solterona, cuyo nombre indica ya un punto de ironía; sola, porque la solidaridad de la familia no traspasa la mayor edad de los hijos, vive sin amistades, celada por la vigilancia de todas las comadres del barrio, y, si ha de ganarse la subsistencia con el trabajo, sumida además en el abismo de la explotación. En cambio, el célibe reemplaza á la familia con el café, la taberna ó el casino, y como su estado es voluntario, se halla, mientras la edad se lo permite, en aptitud de contraer matrimonio si se le presenta algún partido ventajoso, dedicándose entre tanto á satisfacer sus caprichos por la seducción y el engaño, por lo cual se convierte en provisor de desgraciadas mujeres para la prostitución.

En resumen: la organización egoísta de la sociedad hace tan penosa para el individuo la lucha por la existencia que ni el hombre ni la mujer buscan en el matrimonio el amor, sino la seguridad material; el hombre persigue el dote; la mujer sin fortuna, temiendo quedar en el aislamiento, acepta el primero que se presenta y puede mantenerla, transformándose después del casamiento en un animal de lujo costoso, que no tiene para el poseedor ningún valor real y no es más que una causa de grandes dispendios. Muchos hombres que hubieran podido mantener una mujer y hacerla dichosa, retroceden á la vista de tales uniones y renuncian al matrimonio; un número igual de mujeres queda así condenada al celibato; sus probabilidades de encontrar marido disminuyen, acrece, en consecuencia, su ansia de casamiento, desatiéndose aun más el amor, y el matrimonio así contratado es mayor causa de desaliento para los solteros. Marido y mujer son enemigos que tratan recíprocamente de engañarse y explotarse; nadie es feliz; los únicos que se frotan las manos con satisfacción son el confesor católico y los propietarios de las tiendas de mo-

das, porque semejante estado de cosas les proporciona el mayor número de sus parroquianos.

*

La organización económica es la causa principal de que la institución del matrimonio sea una mentira, pero no es la única: una gran responsabilidad corresponde á la moral cristiana, que considera el acto de la generación como un acto abominable. Semejante moral perecería en seguida si todos nos propusiésemos en un momento dado considerarla como no existente; porque no tiene el menor fundamento natural ni la menor sombra de justificación. La función orgánica que tiene por objeto la conservación de la especie no debe ser menos moral que otras funciones que tienen por objeto solamente la conservación del individuo; si comer y dormir son operaciones legítimas que pueden practicarse públicamente y de que se tiene derecho á hablar, no hay razón alguna para que el ayuntamiento carnal sea un pecado y una vergüenza. La pubertad es el coronamiento del desarrollo del individuo, y la reproducción su triunfo y su manifestación más gloriosa. Todos los seres vivientes; animales y plantas, sienten en la cópula la confirmación más sublime de su fuerza vital y ponen por testigo á la naturaleza entera: las flores por la magnificencia de sus colores y perfumes, los pájaros por su más bellos cantos, los animales todos por el tumulto de sus combates y el ruido de sus manifestaciones amorosas; ¡sólo el hombre ha de avergonzarse de su más poderoso sentimiento y disimular su satisfacción como si cometiera un crimen!

No fué siempre esa la opinión de los hombres; no fué siempre Tartufo el profesor de moral. Sin hablar del hombre en estado natural, ha habido civilizaciones ricas, muy desarrolladas intelectual y moralmente, infinitamente superiores á nuestra moderna civilización, India y Grecia, por ejemplo, que se colocaron respecto de las relaciones sexuales en un punto de vista natural y exento de preocupaciones; allí se honraba el organismo humano sin encontrar un órgano más vergonzoso que otro; no se tenía horror á la desnudez y se la contemplaba con casta mirada; veíase únicamente en la reunión de individuos de diferente sexo el objeto sagrado de la propagación que constituye un acto necesario, noble y que no podía despertar en ningún espíritu sano indigna asociación de ideas. Las civilizaciones india y griega no falsearon, como la nuestra, los instintos primitivos del hombre, y por esta razón profesaban admiración y reconocimiento al acto de la generación, origen de toda vida en el universo; honrábanse los órganos que concurren directamente á este acto; colocábase su imagen en los templos, los campos y las viviendas como símbolos de fecundidad, imaginábanse divinidades especiales de la reproducción y se les dedicaba un culto que sólo en la época de decadencia degeneró en grosero sensualismo. La juventud, rodeada de símbolos que excitaban su deseo de saber, no podía permanecer en la ignorancia antinatural que es uno de los principales objetos de nuestra educación; la inteligencia se desarrollaba al compás de la naturaleza,

siendo imposible que la fantasía se separase del camino recto, porque lo que se halla á la vista de todos carecía del atractivo del misterio y de la prohibición; aquella juventud sin preocupaciones era más moral y más exenta de apetitos prematuros que la nuestra. Esta, en efecto, á pesar de todas las precauciones, no puede ser mantenida en una ignorancia juzgada saludable, porque saca sus conocimientos de los orígenes más impuros, á escondidas, y por consecuencia en medio de excitaciones que envenenan su espíritu y arruinan su sistema nervioso.

La transformación radical de las ideas de moralidad es el producto de la influencia que las ideas cristianas han ejercido en la humanidad civilizada. Las doctrinas fundamentales del cristianismo, tal como se hallan expuestas en los más antiguos monumentos de esa religión, se contradicen admirablemente entre sí y parten de premisas que de toda necesidad hubieran debido excluirse recíprocamente, si el cristianismo hubiese sido fundado por un pensador lógico que tuviese conciencia de su obra. Por una parte predicán: «Ama á tu prójimo como á tí mismo, aunque sea tu enemigo;» y por otra declaran que el fin del mundo es inminente y que el placer de la carne es el gran pecado, que la continencia es entre todas las virtudes la más agradable á Dios, que la castidad absoluta es el estado más aceptable para el hombre. Enseñando el amor al prójimo eleva el cristianismo el instinto natural de solidaridad humana á la categoría de precepto religioso y favorece la duración y la prosperidad de la especie; pero condenando el amor sexual destruye su propia obra y condena á la humanidad á la ruina. El dogma del amor al prójimo debía conquistar á la humanidad, mientras que el de la castidad hubiera sido un obstáculo insuperable para su propagación si no se hubiese establecido en un tiempo en que la sociedad se hallaba podrida por el egoísmo y en que la vida sexual, desviada de su objeto natural, hallábase mancillada por los más repugnantes vicios.

Terminada aquella decadencia, el cristianismo no se sintió ya como el antagonista de la sociedad romana degenerada; no creyó necesario ya protestar contra la exageración del vicio por la exageración de la virtud, y el dogma misántropo de la castidad fué, por tanto, relegado á un segundo término; la Iglesia no le impuso á todos los creyentes sino á algunos elegidos, curas y monjas, y llegó hasta conceder á la naturaleza la elevación del matrimonio á la categoría de sacramento. El voto de castidad de los religiosos no impidió, sin embargo, que los conventos se convirtiesen en asquerosos lupanares, precisamente en la Edad Media, época en que el cristianismo alcanzó su mayor apogeo; pero no ha renunciado jamás á ese dogma: las relaciones sexuales, aun cuando las tolera en la práctica, son pecaminosas en teoría. En el curso de los siglos esa influencia constante del cristianismo ha traído á la humanidad civilizada al punto en que se encuentra: á la idea de que el amor sexual es una vergüenza, que la continencia es una virtud, que la satisfacción del instinto fundamental de cada sér viviente es un pecado digno de los mayores castigos.

No se tienen en el cristianismo menos apetitos que en el paganismo, lo que falta es el sentimiento de que se trata de una acción natural y laudable, y por tanto se envilece el individuo por el disimulo y la hipocresía, véase obligado á una perpetua mentira consigo mismo, con el sér amado y con la sociedad entera. Según las ideas teológicas, si el hombre y la mujer se casan es para cumplir un sacramento, no para entregarse el uno al otro en las íntimas expansiones del amor; serían más aceptables á Dios si renunciasen al casamiento. El cura que los une en el altar pregunta á la mujer si se halla dispuesta á seguir al hombre como esposa y á obedecerle como á su amo; no le pregunta si le ama, porque no reconoce la legitimidad de tal sentimiento, y, para él, la unión que consagra tiene su fundamento en la promesa solemne hecha ante el altar, no en el instinto orgánico que impulsa y une á los dos amantes.

La situación oficial de la sociedad respecto de la vida sexual se halla determinada por las ideas del dogmatismo cristiano sobre la culpabilidad del amor carnal. El matrimonio es sagrado; no se tiene el derecho de faltar á la fidelidad prometida, aun cuando esa fidelidad moleste á ambos esposos. La mujer se ha casado sin amor, y si más tarde se enamora de un hombre, debe ahogar esa pasión, si no quiere incurrir en el desprecio de la sociedad, en el castigo impuesto por los tribunales ó en la cólera de su marido á quien la sociedad da el derecho de matar á la mujer infiel.

Desgraciada la doncella que impulsada por el amor se entrega á su amante sin esperar la intervención de un cura ó de un funcionario civil; las gentes honradas se apartarán de ella; la criatura inocente fruto de aquel amor conservará toda su vida la mancha de la ilegitimidad. La sociedad reconoce y excusa algunas veces que se robe un pan por hambre, pero no perdona á la mujer que sin el matrimonio ó á pesar del matrimonio se entrega al amor; no puede comprender que el amor lo mismo que el hambre sea bastante fuerte para ponerse frente á la ley escrita; diríase que la ley ha sido hecha por viejos gastados ó por eunucos ó que en la sociedad no hubiese hombres y mujeres de veinte á treinta años.

Tales ideas dominan sólo en apariencia. La sociedad se arregla convencionalmente con la ley inhumana y la moral sin corazón, fingiendo respetarlas en público y burlándose de ellas en secreto; su negación al reconocimiento del amor es pura hipocresía; inclínase ante el juez que condena á la adúltera ó la madre que arroja de su presencia á la hija seducida, pero aplaude al poeta que canta el amor sin el matrimonio. La teoría de la moral cristiana subsiste precisamente porque nadie la practica: una inmensa conspiración enlaza á la humanidad civilizada por secreta alianza y sus adherentes se inclinan en la calle ante el dogma, pero en la alcoba rinden culto á la naturaleza; caen sin piedad sobre el que se rebela francamente contra la mentira general y tiene la audacia de declarar públicamente los dioses que, como todo el mundo, adora en el hogar doméstico.

Para juzgar la institución del matrimonio es preciso, aunque sea di-

fácil, desechar las preocupaciones de la moral cristiana y examinar si está basada sobre los instintos fundamentales y vitales de la humanidad.

Si se aplica esta regla, es dudoso que aquella institución resista á la crítica, porque es muy difícil probar que el matrimonio sea un estado natural del hombre. Hemos visto que la organización económica de la sociedad conduce al matrimonio por interés y que la moral cristiana prohíbe el reconocimiento del amor, pero se ofrecen las siguientes objeciones:

1.^a ¿Consiste sólo la mentira del matrimonio en el hecho de que para la gran mayoría de los contrayentes se trata de precaverse contra las eventualidades del porvenir, y también porque la moral cristiana no quiera reconocer el amor?

2.^a ¿No será el matrimonio de la actual civilización una forma desnaturalizada de la relación de los dos sexos?

3.^a ¿No sería también una mentira la perpetuidad del matrimonio aunque se concediesen al amor y á la pasión todos sus derechos?

Nos hallamos tan desviados del estado natural, que es en extremo difícil reconocer con certidumbre lo que es fisiológicamente necesario y lo que ha sido falseado. El examen atento é imparcial de los sentimientos y de la vida animal superior conduce á una conclusión muy desagradable para los partidarios del orden existente: el matrimonio reposa en la monogamia, pero el hombre no es un animal monógamo, y todas las instituciones que descansan sobre la hipótesis monogámica se hallan en oposición con la naturaleza; por lo tanto, la tradición, á pesar de su arraigo y de todas las preocupaciones que la favorecen, queda desobedecida por cada uno, y esta desobediencia se disimula por la más refinada hipocresía. La fidelidad absoluta no está en la naturaleza humana ni es tampoco una necesidad fisiológica; si se exige, es en virtud del egoísmo dominante. Los animales superiores, que, á pesar del orgullo humano sirven aquí de ejemplo, evidencian que la pasión del macho por la hembra sólo dura lo que el período de celo, y no se prolonga más allá de lo que pudiera llamarse la luna de miel, y la fidelidad recíproca que existe en algunas especies no sobrevive al nacimiento de la cría. Esta comparación nos conduce á admitir que el amor, después de haber conseguido su objeto, cesa como el hambre después de la comida, y, por tanto, el nacimiento de un hijo cierra definitivamente para la mujer un período de su vida amorosa y puede dar lugar á un nuevo amor con sus naturales consecuencias. Los que se resisten á convenir en que el hombre es por naturaleza polígamo, no pueden menos de reconocer que, á pesar de que nuestra falsa civilización ha sofocado muchos impulsos naturales, ha sido impotente respecto de este particular, y el hombre vive en estado de poligamia, hasta el punto de que entre cien mil hombres de cierta edad apenas se encontraría uno que en toda su vida haya tenido relaciones carnales con una sola mujer; si la monogamia es más severamente seguida por las mujeres, no es porque no tengan deseos de infringirla, sino porque los guardianes de la moral oficial vigilan más

atentamente á la mujer y castigan con mayor severidad sus rebeliones; aunque se rebelan á cada paso, porque cuando el hombre se entiende con la mujer ilegítima necesariamente lo ha de hacer con la mujer legítima de otro, con una que será después legitimada ó con una prostituta, individua de un cuerpo que la sociedad tolera para dar como una válvula que favorezca los instintos polígamos del hombre.

La idea del matrimonio monogámico es una consecuencia necesaria de la organización económica de la sociedad y su vida y su porvenir se hallan enlazados; le da vida el siguiente razonamiento: «En una sociedad que no conoce la solidaridad y donde cada uno trabaja para sí y deja perecer al prójimo, los hijos morirían si los padres no los criasen. La madre no puede atender sola al sustento de sus hijos, porque en esta sociedad egoísta el hombre se ha reservado todas las profesiones lucrativas; el trabajo femenino produce, pues, utilidades insuficientes; en consecuencia el padre ha de ayudar á la mujer, y esto sólo puede hacerse mediante una cadena que sujete indisolublemente el hombre á la mujer á quien desee hacer madre, estableciendo además que cada hombre debe tener hijos de una sola mujer y cada mujer ha de tenerlos de un solo hombre. La situación es bien clara: el que desea poseer una mujer se obliga previamente á trabajar durante toda la vida para ella y para los hijos que sobrevengan; si después se cansa de ella, peor para él, es suya y debe conservarla; si resulta que se ha engañado en su elección ó que una alucinación le hizo creer que la amaría eternamente, sufra el castigo que merece por no haber reflexionado maduramente. No hay excusa para el engañado ni menos para el que luego ama á otra mujer; la sociedad no tolera que nadie eche sobre ella la subsistencia de la mujer y de los hijos: tal es la monogamia.»

Desde el punto de vista del egoísmo de la actual organización económica, eso es perfectamente lógico; desde el de la fisiología y psicología, no lo es en manera alguna, como hemos visto, digan cuanto quieran moralistas y poetas.

Combate el autor á los que fundan la emancipación de la mujer en el resultado de entrar personalmente en la lucha por la existencia, porque la considera más débil que el hombre, y por tanto, necesariamente ha de quedar vencida, y termina preconizando una sociedad que, reconociendo la debilidad femenina, conceda amplia protección á la mujer para que cumpla libre y cómodamente su misión de conservar la especie humana.

LA REACCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

V Y ÚLTIMO

TERMINEMOS. Este artículo será una especie de epílogo. Para concluir este trabajo sería necesario un libro, y un libro no cabe en una revista.

El pueblo ama sobre todo la Revolución. Preguntadle por qué y no sabrá responderos. La ama á la manera que el pueblo ama todas las co-

sas. El no entiende de arte y ama el arte más que nadie, es tan artista como el primero; no sabe qué es la belleza, pero mejor que nadie la adivina, la conoce y la admira; tal vez no se da cuenta de lo que es la Justicia exactamente, pero la siente, la admira, la adora, á veces la ejecuta con una certeza asombrosa; quizás la libertad y la igualdad son para él cosas indecisas, no bien comprendidas, pero lucha y perece por ellas un día y otro día con un valor heróico, inconcebible; la Revolución comprende todo esto, lo resume en sí, y la Revolución constituye el eterno ideal del pueblo.

Es el pueblo de las grandes pasiones. Pero es también el sér de los grandes errores, de los decaimientos tremendos, de los extravíos incomprendibles.

Decidle que la república es la Revolución y será republicano, decidle, con Proudhon, que el imperio es la última palabra revolucionaria y será imperialista; decidle que el socialismo es la idea moderna, de progreso, y será socialista; decidle un día que el socialismo no basta y volverá las espaldas al socialismo; presentadle, en fin, un más allá real ó aparente y no se detendrá, será revolucionario hasta el final.

En este más allá incesante ¿distinguirá lo verdadero de lo falso, lo real de lo aparente? ¿sabrà distinguir la Revolución de la Reacción?

El pueblo es más esclavo de la pasión que de la reflexión. Acierta, cuando una y otra se equilibran y le indican un camino seguro. Es fácil al error cuando domina la primera. Decadente é inactivo, cuando la segunda.

Rechazad por igual á los que invocan la pasión como poderosa palanca de adelanto y á los que claman á la reflexión como único medio de que el progreso no se detenga ó retroceda.

Los primeros no ven más que el comienzo del camino y apenas sabrán qué hacer dado el primer paso. Los segundos sólo ven el término de la jornada, y difícilmente lograrán llegar al fin.

La pasión impulsa, la reflexión encauza. Pasión y reflexión ¡qué bella armonía!

Vivimos en una época de continua agitación y de movimiento constante. Instituciones, ideas, organismos, todo cambia, se tambalea y cae. Es el espíritu de crítica que se va apoderando de nosotros.

Ese espíritu no llega á todos por igual, y de aquí un sin número de errores y maldades. Los primeros que reciben la buena nueva contribuyen en parte á que esa agitación y ese movimiento lleguen á hacerse infecundos. El espíritu de crítica crea momentáneamente una especie de privilegio á favor de los beneficiados, y así éstos, que pronto se constituyen en directores intelectuales, por lo menos, de la masa popular, siembran por todas partes una semilla mortífera y trastornan y deprimen al pueblo que fácilmente da acceso á todas las pretensiones.

Se constituyen organismos con este ó el otro fin, y á la hora, al minuto le surge una disidencia por pequeñeces de personalismos. Es que hay dos ó tres de los que se creen modestamente apóstoles que no caben

juntos. No transcurre una hora y la diferencia personal se convierte en una diferencia de ideas, de principios, de procedimientos, de todo. Hay que buscar el medio de que todos puedan ejercer tranquilamente como directores.

Si por acaso uno de los contendientes se ve derrotado, entonces no basta lo hecho. Se entabla una lucha á muerte, se forman dos bandos, y unos y otros por una misma idea se destruyen, se aniquilan, ciegos de ira, sin comprender á los maquiavelos que los guían.

En ninguna parte faltan espíritus ambiciosos, audaces, que provoquen la lucha; jamás faltan espíritus anémicos, cobardes, que obedecen la influencia del más fuerte; la masa general se vé envuelta por unos y por otros é inconsciente les ayuda en su empresa.

Esto es común á todos los partidos, á todas las escuelas, asociaciones y colectividades; el mal es universal; es la langosta del Progreso y hay que exterminarla.

Pero vengamos á lo que nos importa. Los que nos llamamos revolucionarios no estamos exentos de esa calamidad.

Por incompatibilidades personales unas veces, por ambiciones incomprendibles otras, por maldad no pocas, se rompen lazos de unión, se desmoronan organizaciones y se trastorna todo. El pueblo no sabe evitarlo en general. Dado á la pasión más que á la reflexión, sigue á los que acentúan y agigantan sus sentimientos en provecho propio. Le conocen y obran ó como tunantes ó como locos. Pero locos ó tunantes, el pueblo paga.

Raras veces dejan de convertirse en diferencias de principios estas contiendas verdaderamente bizantinas. ¡Qué pocos tercián en ellas de buena fe!

Cuando una organización potente se viene abajo, combatida por el personalismo, cuando todo se desquicia á impulsos de un huracán de bajas pasiones y de pobres ambiciones, entonces es cuando el que honradamente terció en el debate, se ilumina de pronto y comprende su papel de víctima. Quiere volver por sus fueros y llega tarde; quiere luchar y tiene que reconocerse impotente. Por fin se resigna.

Cual restos informes de un planeta desquiciado rodando en el inmenso espacio, así se divide y subdivide aquella organización y va hecha girones de uno á otro lado sin rumbo fijo ni ley constante que le guíe.

No falta jamás una docena de valientes que sostengan la bandera de aquella iglesia desmoronada, pero sus esfuerzos son inútiles. No hay electricidad bastante potente para reanimar aquel cadáver.

Entonces empieza á brotar la semilla sembrada por el personalismo. Nadie se acuerda ya de ello más que para buscar una razón que lo justifique. El pueblo va á dar la razón á sus enemigos.

Un día se dice que la idea no estaba bien depurada y se procura *limpiarla* de toda mancha. La anarquía, por ejemplo, ya no es simplemente la negación de todo gobierno; se aparenta, se quiere demostrar que también lo es de toda organización. ¡Error funesto!

La anarquía no es, no ha sido nunca más que una sencilla, enérgica, lacónica y terminante negación del principio de gobierno. Como tal negación implica una afirmación subsiguiente: la libre organización de todas las fuerzas sociales productoras. Dejad la negación en el aislamiento y no significa nada, no supone nada, no puede nada por sí sola. O son algo las leyes de la lógica ó son un mito.

Pero es preciso que la Revolución santifique la iniquidad de los que la perturban, y ya la anarquía se transforma y se modifica por modo inusitado. ¡No más organización! Que cada uno marche como pueda y como sepa. Diréis que este es un moderno individualismo ¡qué importa! La Revolución lo quiere y el pueblo no lo niega. ¡Adelante!

Otro día le toca su turno al principio federativo. Es autoritario y como tal lo han adoptado los políticos: es innecesario, perjudicial porque deja en el aislamiento á buenos amigos y es indispensable suprimirlo, negarlo. La federación, que informaba aquellos organismos, es rechazada ahora; y es lógica ya la reforma, porque donde se prescinde de la organización para nada hacen falta principios que la den vida. Destruído el primer principio de la serie, los demás sobran.

Y, sin embargo, la federación es el único medio de que los hombres y los pueblos se organicen, realicen sus fines libremente. Que la proclamen falseándola los que quieren el Estado y la autoridad ¡qué importa! El principio federativo es algo más que lo que esos señores proclaman. Donde falte igualdad de condiciones, el principio se falsea necesariamente, y esto es todo. Por este camino se llega al cesarismo, á la centralización disfrazada de contrato federativo, pero nada más. Pero suponed establecida esa igualdad y la idea federativa será la última palabra de la ciencia social.

La federación, por otra parte, es ajena á ciertos aislamientos lógicos y naturales. Se engañan tristemente los que otra cosa creen. En estas pequeñas luchas de los hombres muchos pierden su entusiasmo si no su fe; otros recobran su libertad y huyen de todo lazo, temerosos de nuevos desengaños; no pocos permanecen aislados porque atrás quedan amargos disgustos que nunca se olvidan totalmente. Los primeros no volverán jamás á la actividad de otros días; los segundos obran en virtud de un raciocinio algo escéptico y trabajan con más ardor seguramente que antes, pero por nada abandonarán su nueva situación; á lo más podrá atraérseles por breve tiempo, pero pronto volverán á su aislamiento. Los últimos pueden muy bien volver entre sus correligionarios; llevadlos á donde no tengan que encontrarse con lugares y hombres que traigan á su memoria tristes sucesos pasados y serán vuestros en absoluto; no lo intentéis de otro modo.

De seguro muchos que esto lean me darán la razón y es necesario no engañarse inútilmente. La federación es ajena á todo esto. En último caso una falsa aplicación del principio puede andar complicada con otras muchas causas pequeñas de este desbarajuste, pero el principio en sí, nunca.

Mas toda razón es nula. La anarquía mal comprendida, la federación proclamada en hora mala, deben pagar los vidrios rotos por la pequeñez de nuestras pasiones. ¡Que la Revolución lo quiere y el pueblo no lo niega!

Aun no basta. ¿Quién habla de colectivismo? ¡Atrás la reacción! Ahora es preciso desenterrar el antiguo y putrefacto principio de la comunidad y hacerlo entrar en el modernísimo amasijo, en el contubernio horrendo de la Revolución con el individualismo feroz de la nueva idea anarquista. ¡Ay de los que se niegan á seguir el movimiento!

Y es necesario: con el comunismo ha de resucitar el amor libre de los antiguos maestros, y ha de volver á imperar el sátiro sobre el hombre, el sensualismo sobre el sentimiento mil veces puro del amor. Y con el comunismo y el amor libre es indispensable la maternidad falsificada, la irresponsabilidad para el sér humano, la limosna social organizada, el gran hospital, la inmensa inclusa para la desdicha y la imprevisión de los hombres. La Revolución es la comunidad; el sensualismo es la última palabra de la reforma. ¡Tremendo contubernio!

Todas aquellas autonomías creadas por tí, por tí entrelazadas maravillosamente, por tí verificadas, puestas por tí en movimiento, armonizadas dentro de la libertad por tí y por tí legadas á la Revolución, la Revolución quiere y tú no se lo niegas, pueblo de siempre, que sean destruídas y aniquiladas.

A los principios de derecho que habías soñado para tus organismos juntamente con los de la economía social que habías adquirido, á la Justicia sacrosanta, con que sueñas á pesar de todo, has sustituido el principio grosero de la vida animal, como si el cerebro que hace de tí un sér superior no te sirviera para más que envidiar la vida que hacen el bruto y la fiera. ¡Pobre pueblo!

¡Ay de tí si en la peor de todas las luchas, en la de nuestras miserias, no sabes distinguir la Revolución de la Reacción!

Tú te engañas á tí mismo queriendo justificar lo injustificable y vas á todos los delirios cuando tus enemigos te sumen en la impotencia. Te buscan y te encuentran; primero te dividen y luego les das la razón. ¡Mil veces santo tú que así te lleva tu santidad á dar gusto á todos!

Se te cree enfermo ó dormido. Una porción de médicos te rodean ansiosos por curarte ó despertarte, porque te quieren. Pero los enfermos son ellos. Buscan, no lo que tú necesitas sino lo que á ellos les hace falta. Todo es inútil. Todo está en tí, por tí y para tí. Se busca una regeneración y la regeneración vendrá sin cambios de posturas, sin recetas ineficaces, sin evoluciones hacia atrás. Un momento no más, un instante oportuno y te levantarás por tí mismo arrollándolo todo. Eres el gran culpable, pero eres también la gran virtud. ¡Confío en tí!

Que la buena nueva, que el espíritu de crítica llegue á tí presuroso y te ilumine. La Revolución está en tus manos ¡tú la salvarás! y gozarás pronto sobre la tierra esa ansiada Justicia que por tantos siglos ha acaparado el cielo.—R. M.

ECONOMÍA POLÍTICA Y ECONOMÍA ACRÁTICA

III Y ÚLTIMO

DEFINIDAS ya ambas economías, conviene hacer notar algunas diferencias esenciales emanadas de las distintas interpretaciones que se dan á las palabras.

Empecemos por el orden. Para los políticos, el orden es el desarrollo pacífico de las organizaciones ficticias, sean ó no del gusto de aquellos que las han de poner en práctica. Para los ácratas, el orden es el libre desarrollo de las tendencias naturales. El matrimonio indisoluble, el salario, el jilguero enjaulado, la ley, esas son manifestaciones del orden político. El amor libre, el pacto social, el jilguero que surca los aires, la autonomía individual, esas son fieles representaciones del orden natural, que es el que ha de informar todas las soluciones de la economía acrática.

La lucha es también muy distinta en ambos campos. Los políticos luchan para atacar; los anarquistas, para defenderse; los primeros para seguir robando, los segundos para que no les roben ya más; aquéllos atacan á las personas, éstos á los hechos. A los anarquistas, poco les importan las personas A ó B; hay más aún: reconocen que esas personas no son más que indefectibles consecuencias de los sistemas, y comprenden que, muertas aquellas personas, otras ocuparían sus puestos mientras subsistiese el sistema, y por esto huyen del personalismo y lo que quieren destruir es el mismo sistema. Los políticos, al contrario, no tienen sistema fijo: cambian de partido como quien muda de camisa; los ideales poco les importan; generalmente, ni siquiera los tienen; lo que quieren es medrar á costa de las demás personas y labrar su felicidad sobre la miseria y los sufrimientos de los demás.

La economía política trata de favorecer á sus adeptos, enseñándoles la manera de engañar y hacer desgraciados á sus semejantes. La economía acrática es tan generosa y grande que no tiene adeptos: trata de favorecer á la humanidad entera, dando satisfacción á las necesidades de todos, incluso de aquellos que la combaten encarnizadamente.

La economía política es además utópica, como lo hemos dejado probado en los artículos en que tratamos del capital y del interés compuesto; la economía acrática, por el contrario, es eminentemente práctica, puesto que descansa en el hecho de que *todos* los hombres pueden ver cubiertas sus necesidades, según se desprende de los artículos «Los productos de la tierra» y «Los productos de la industria» insertos en los dos números anteriores.

La economía política está á punto de perecer, sepultada bajo las ruinas del edificio que ella misma edificó prostituyendo á la ciencia. Y la ciencia empieza ya á protestar contra su deshonra, y tiende los brazos á su hermana natural.

¡Paso á la economía acrática! — T.

LA MUERTE

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me torne á dar la vida.

Cervantes.

La muerte en sí no existe. La cantidad de materia, la cantidad de movimiento, son constantes; no sólo no mueren, si que también son invariables. Lo único que ha hecho, hace y hará eternamente la materia del mundo infinito, es transformarse por efecto de las infinitas combinaciones de que son capaces los elementos que constituyen el mundo material.

Al pasar un cuerpo de orgánico á organizado, se produce la vida; al pasar de organizado á orgánico ó mineral, se produce eso que llaman muerte.

Si no estuviéramos profundamente convencidos de que Dios no existe, creeríamos en él sólo por el hecho de existir ese benéfico fenómeno que los sabios filósofos ignorantes designan con el terrorífico nombre de muerte.

¡Loada sea la muerte! Ella pone fin á nuestros sufrimientos, ella preside á las transformaciones incesantes de la materia, ella hace desaparecer los seres vetustos para dar origen á los nuevos, ella es el instrumento de la selección natural, fuente de todo progreso, ella es la dulce amiga que nos hace desaparecer del rudo combate cuando ya ansiamos, ó cuando menos necesitamos un reposo relativo. ¡Loada sea la muerte!

Bendecimos á la muerte, y no deseamos morir.

Deseamos, al contrario, vivir largos años para seguir luchando y ser un soldado más en el momento de la pelea. Pero no nos hacemos ilusiones. Comprendemos que cuando el sufrimiento físico aniquila nuestro organismo, sería terrible que este sufrimiento no tuviera un término determinado precisamente por la intensidad del dolor, y la idea de la muerte nos consuela. Comprendemos que cuando los órganos ya gastados de nuestra máquina animal se hallan estropeados por el uso, sin más esperanza que el estropearse más cada día, sería terrible que una eternidad inflexible nos atara á esa rueda infernal de podredumbre. Comprendemos que interín no venga la igualdad social durante la vida, la dulce amiga lleva ya resuelto el problema sociológico desde largos años, igualando bajo su rudo golpe á nobles y á plebeyos, á parias y á magnates.

Cuando al cabo de un día pesaroso, el cuerpo fatigado descansa en brazos de Morfeo, es aquel sueño una delicia tal que al despertar y entrar de nuevo en posesión de nuestras penas, sentimos hondo pesar porque aquel feliz estado de reposo no se ha prolongado ¡Loado sea el sueño!

¿Y la religión, que pretende eternizar el *yo*, quiere que se la llame consuelo? ¿Y Dios, que eternizaría el sufrimiento en los infiernos, ha de ser reconocido como archivo de bondad?

La muerte es el sueño para no despertar. ¡Loada sea la muerte! — T.

LA JUSTICIA EN EL EVANGELIO

ENTIÉNDESE por justicia la virtud que nos impulsa á dar á cada uno lo que le es debido.

Así lo han entendido todos los pueblos presentes y pasados; así la definen todos los diccionarios modernos.

La definición es exacta; negar á alguno lo que le es debido resulta una injusticia clara y manifiesta.

Pero esta verdad ha sido cubierta por la malicia con un sofisma, y la ignorancia cometió una injusticia invocando precisamente las palabras del Evangelio.

Dar á cada uno lo que le es debido es una fórmula absoluta que no admite condición alguna que la limite.

El Evangelio dice que un hombre que sentía las flaquezas de la carne juntamente con las grandezas infinitas de la divinidad, preguntado en una ocasión si era justo pagar tributo al César, reparando en las inscripciones de una moneda, respondió: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los comentaristas teólogos, tanto católicos como protestantes, están conformes en afirmar que Jesús quiso con esto decir que á cada uno debe dársele lo que le es debido; es decir, con aquellas palabras quiso expresar la fórmula absoluta de justicia.

¿Qué es el César? un hombre de naturaleza igual á todos los hombres, constituido por la desigualdad y el privilegio en dueño y señor de sus semejantes.

¿Qué es Dios? un sér imaginario, puesto que los mismos creyentes dicen que es sobrenatural é incomprensible, que se halla fuera de todo contacto y relación con los hombres.

La moneda, como signo de cambio con el cual puede adquirirse todo, representa la riqueza universal, y como lleva el busto y el nombre del César, según la máxima evangélica al César coresponde.

La parte moral del hombre, lo que en nosotros produce el pensamiento, la imaginación la voluntad y el sentimiento, considerado por los creyentes como un sér inmaterial dentro de nuestro sér material, á pesar de que la ciencia rechaza semejante dualismo, pertenece á Dios, si hemos de creer al Evangelio.

Luego cuanto el hombre ha descubierto por el estudio, ha modificado por el trabajo y ha reservado por la previsión ha de entregarlo á un hombre igual á los demás hombres; y lo que constituye la esencia del sér, la parte más noble de la existencia, ha de anularlo para entregarlo á un sér imaginario cuya existencia no se manifiesta ni se hace perceptible á ninguno de nuestros medios de conocimiento, puesto que no se le ve, ni se le oye, ni se le huele, ni se le toca, ni se le gusta, ni siquiera se le concibe por la inducción racional.

Y si á Dios y al César hemos de dar cuanto poseemos y cuanto somos, ¿qué queda para nosotros?

Si á cada uno se le ha de dar lo que le es debido ¿quién nos dará lo que se nos debe?

Así hemos de dar siempre sin la esperanza de que nos toque la recíproca.

Y no dan todos, ó á lo menos hay muchos que dan lo de los otros, reservándose una parte considerable. El privilegiado paga al César, pero es con parte de la riqueza acumulada con la explotación, y con lo que se reserva todavía existen fortunas dignas de compararse con las de los reyes más poderosos. El sacerdote, como vive exento de todas las cargas sociales, nada da al César, ni tampoco á Dios, que carece de manos para tomarlo, contentándose con predicar una moral cuya esencia se expresa por la conocida fórmula: haz lo que te digo y no lo que hago.

De modo que resulta evidente que con la máxima dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, lejos de establecer una fórmula universal de justicia sólo se ha cimentado la iniquidad.

«Es necesario un Dios para la canalla,» ha dicho un filósofo; no sé si como un consejo á los tiranos y á los explotadores ó como una excitación á la dignidad de los oprimidos y de los explotados.

«El pueblo reza y paga,» ha dicho un pensador para expresar gráficamente nuestra abyección moral y material.

A eso ha venido á parar la justicia según el Evangelio.

No; á pesar del Evangelio, nada debemos al César. Nuestra, es decir, de todos es la tierra, nuestras son las fuerzas todas de la naturaleza en tanto que las conocemos y las supeditamos por la ciencia, nuestras son las riquezas con tales elementos producidas.

No; á pesar del Evangelio, no podemos abdicar en lo más mínimo de lo que constituye nuestro sér, y si un fanático que á sí propio se llamó Dios pudo decir «el que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada día y sígame,» quédese solo en su temeraria pretensión, que nosotros nada debemos á Dios.

No existe, pues, la justicia en el Evangelio.

Nosotros, como seres humanos que aspiramos al desarrollo de nuestras facultades, y como trabajadores que no queremos compartir el fruto de nuestro trabajo con holgazanes y embaucadores, detestamos el Evangelio.

A la inicua fórmula evangélica podemos oponer otra no revelada por ningún poder sobrenatural, aunque absolutamente racional y justa:

«No hay deberes sin derechos; no hay derechos sin deberes.»—L.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

XII

AL tratar la cuestión del trabajo tenemos que ocuparnos de ese cuerpo complejo conocido con el nombre de sociedad, y ya hemos visto que ésta sólo puede existir por la industria, cuya manifestación se determina por los cinco elementos consignados diversas veces en el curso de este trabajo.

Naturalmente, la cuestión se reduce á indagar la composición de la sociedad.

Por la investigación hallamos que ese cuerpo colectivo ó sér que llamamos sociedad se compone de dos factores distintos, á saber: el *hombre* y el *planeta* que habitamos; de otro modo, el hombre y su emplazamiento.

Por tanto es necesario retroceder y volver sobre lo que previamente hemos dicho con relación á los elementos que entran en las actividades sociales, y descubrir de qué factores la sociedad se compone.

Mas es evidente, que sin esos dos factores, el hombre y el planeta; la sociedad no habría llegado á serlo. Dado el planeta sin el hombre, no habría sociedad; dado el hombre sin el planeta, evidentemente el hombre no podría existir.

Si suponemos á un hombre en posesión total de sus facultades, colocado de pronto sobre la tierra, la primera cuestión sobre que se interrogaría á sí mismo sería probablemente: *¿Dónde estoy?*

Con los conocimientos que actualmente poseemos, que son muy limitados, con relación á nuestros conocimientos posibles en el porvenir, la contestación sería esta: Te hallas sobre un planeta cuya superficie describe y explica la geografía. El conocimiento y arreglo de los materiales que lo componen constituyen la composición total del planeta y comprende las ciencias de la mineralogía, la geología y la química. Sus habitantes, animales y vegetales, constituyen el objeto de la historia natural. La estructura de todas estas cosas y su explicación es el objeto de la biología y sus subdivisiones: la anatomía, la fisiología y la psicología. En relación al más elevado tipo de ellas, *el hombre*, hay el recuerdo de la historia.

Las leyes del movimiento de la atmósfera que rodea á nuestro planeta, comprenden las ciencias de la neumática, la óptica y la acústica. Las ciencias hidráulicas, mecánica é hidrostática, comprenden y explican el movimiento de la tierra y el de las aguas. El planeta está dotado de fuerzas de un poder tremendo é incesante que probablemente no será más que una sola fuerza en formas varias así como la « correlación de las fuerzas » parecería demostrada si no se conocieran al presente bajo los nombres de magnetismo, galvanismo, calor, luz, electricidad, que son otras tantas cuestiones de diferentes ramas de la ciencia. Y finalmente, la ciencia astronómica trata del conocimiento de este planeta como uno de los infinitos que pueblan el espacio, parte elemental de un sistema planetario que á la vez lo es de otro más complejo, y así hasta donde la inteligencia humana puede alcanzar.

Esto prueba cuán grande es comparativamente el grado de conocimiento necesario para responder con inteligencia y por completo á la pregunta: *¿Dónde estoy?*

Con este conocimiento relativamente limitado que al presente poseemos, responderemos á esta otra pregunta: *¿Qué soy yo?* que es seguramente la segunda cuestión que este hombre, en plena posesión de sus facultades, nos presentaría si se viera de pronto entre nosotros, relativa exclusivamente al hombre, no al varón ó á la hembra; al blanco, al negro ó al rojo; no al ariano ó al semítico; al asiático, al africano ó al australiano; al salvaje ó al civilizado; al esclavo ó al ciudadano libre, sino al *hombre* como un sér de forma peculiar en posesión de fuerzas y atributos físicos, morales é intelectuales, dotado de inteligencia, sujeto á ciertas leyes que gobiernan especialmente su estructura orgánica y de otras ciertas leyes que gobiernan del mismo modo su estructura física ó mental; y como nuestros conocimientos aumentan, puede

llegarse á afirmar que hay otras leyes que gobiernan el dominio moral de su naturaleza.

Examinado externamente, la anatomía y la fisiología responden á la pregunta: *¿Qué soy yo?* próximamente lo siguiente: Eres un sér organizado de la manera más completa y elevada, admirablemente formado para adaptarse á las condiciones del planeta sobre el cual estás destinado á vivir. Tu cuerpo es un mecanismo puesto en movimiento y mantenido por cierta fuerza vital generada en sí misma y cuyos actos son dirigidos por la inteligencia soportada por él mismo. La estructura humana es una máquina infinitamente complicada en detalle, pero excesivamente simple en conjunto. Esta estructura está formada evidentemente para existir sobre un planeta compuesto de materia, con un cierto grado específico de sustancia que se conoce como sólida. Cada parte del cuerpo está organizada para actuar sobre la materia que la rodea; por tanto el hombre y su emplazamiento están incesantemente accionando y reaccionando el uno sobre el otro y recíprocamente. El cuerpo es simplemente el instrumento con que el hombre se comunica con el mundo externo; los miembros son los medios de locomoción. La cabeza es el centro donde las facultades intelectuales generan la volición que dirige sus movimientos. El tronco es el laboratorio donde la máquina del cuerpo, su mecanismo, prepara el material para el crecimiento y separación y donde lo que es excesivo é inútil es expelido.

Y además, y superior á todo esto, el hombre tiene sentimientos, simpatías y emociones de una naturaleza más compleja y extraordinaria, que no pueden ser localizadas, pero que son la fuente de sus más elevadas y puras dichas, cuyo concepto se expresa bajo el dictado de sentimientos morales.

Si este hombre, apareciendo de pronto en la plena posesión de sus facultades y arrastrado por su natural inclinación de curiosidad, pregunta: *¿Por qué soy?* la respuesta correspondería á la ciencia política y á la sociología, pues estas ciencias le enseñarían sus deberes y sus relaciones con los seres semejantes, esto es, con otros miembros de la sociedad así como consigo mismo.

Ya hemos dicho bastante acerca del aspecto científico ó teórico de la cuestión; volvamos, pues, á la práctica. Nosotros los hombres del movimiento obrero, deseamos asegurar los medios de existencia á cada miembro de la sociedad que desee y quiera trabajar para vivir y hacer harmónica la vida, lo cual no se hará hasta que la pobreza sea eliminada de la sociedad.

La palabra «pobreza» conviene á diferentes significados; nosotros la emplearemos simplemente y por el momento en su concepto físico, la necesidad de alimento, abrigo y hogar de calidad variada, buena y saludable, suficiente y aun abundante para mantener al hombre en la salud física, moral é intelectual.

Si examinamos la definición dada por William Cobbet, podremos probablemente convenir con él. Dice éste: «La pobreza es, excepto donde hay una necesidad presente de alimento y de abrigo, una cosa mucho más imaginaria que real; la vergüenza de la pobreza, la vergüenza de pensar que se es pobre, es una gran debilidad fatal, aun proviniendo en este país de la moda de los tiempos mismos.»

Cobbet era inglés y escribió esto en aquellos tiempos en que la educación no se creía necesaria para el «populacho» por los lores de la aristocracia; y en tanto nosotros convenimos con Cobbet: es preciso extender la significación de la pobreza hasta cubrir la ausencia de educación intelectual é instrucción moral.

Para eliminar la pobreza necesitamos conquistar los elementos de la industria. Y para conseguirlo hay que emplear ciertos medios. Pero ¿cuáles son estos?

El problema consiste en dar al trabajo todo lo que el trabajo crea, y á los demás elementos lo que con equidad y estrictamente determine la justicia como parte de la riqueza producida por su acción combinada; en una palabra, para asegurar la distribución equitativa de la riqueza.

En nuestros tiempos las cuestiones que se refieren á la sociedad y á la economía han sido estudiadas muy imperfectamente y el resultado de esos estudios muy poco propagados.

Es necesario que el pueblo comprenda las cosas viéndolas en la práctica y que se convenza por experiencia propia que lo que tiene que comprender para su emancipación moral y material es sencillo y justo, útil y fácil, por la misma razón que no solamente tenemos que destruir las viejas y apolilladas formas de la sociedad ó la vieja cabaña, como hemos dicho en capítulos anteriores; porque si por un prejuicio ó debilidad en las convicciones dejamos en pié algo del sistema comercial presente, á fin de hacer aceptables nuestras ideas al mundo; si nos ocupamos simplemente de un asunto político, ó por cobardía, de los intereses de los que no están de nuestra parte ó sea del mundo comercial que nos defrauda ó de los que estando entre nosotros y habiendo prometido sernos fieles, nos defraudan también, nos engañan y nos explotan hoy; y si mañana obramos en contra de esos intereses, debemos temer que resulte nuestro momentáneo emplazamiento más fuerte que nosotros mismos y que los sucesos nos lleven adelante y nos hagan impotentes para realizar aquello que pueda ser útil á las masas.

Hemos visto que á cada uno de los elementos que contribuyen á la formación de la riqueza, directa ó indirectamente, corresponde una parte justa y equitativa en su distribución. De la justicia de esta afirmación nadie dudará. ¿Pero cuál será esta parte? ¿Quién ó qué ha de determinarla?

¿La determinará una ley económica ó la determinará la conciencia y la autoridad de los interesados como hoy?

Si la conciencia individual, la cuestión permanecerá siempre en el mismo estado actual; si por el contrario, una ley económica, obtendremos así una gran aproximación á la justicia. Pero á fin de asegurar la justicia de este acto es preciso organizar la producción con arreglo á otras bases, porque en tanto el estado actual de cosas no se modifique, el más insignificante ofrecimiento de aliviar la miseria y los sufrimientos de los pobres, no será más que un engaño infame.

¿Cabe preguntar si es posible organizar la industria conforme á otras bases? Nosotros contestamos, indudablemente sí. ¿Por qué medios, pues?

Haciendo lo posible por establecer un capital social, centros industriales de producción, cambio y distribución fundados en el mutualismo y unidos por la solidaridad, en donde todos los hombres puedan hallar ocupación y clasificarse en la especialidad del trabajo y en las funciones industriales á que se sienta más inclinado, donde todos puedan prestarse mutuos servicios y donde cuando llegue el momento de la distribución sean recompensados según una razón ó relación matemáticamente determinada por sus productos ó por los servicios que hayan prestado (1).

(1) Fácilmente se comprende que lo que el autor propone es el establecimiento del colectivismo tal como lo entienden los anarquistas españoles. Pero ¿es esto posible sin que la revolución nos restituya previamente la posesión universal de los medios de producción?—N. del T.

Rodeados los hombres de estas nuevas condiciones ¿cuál sería la parte ofrecida á cada uno de los cinco elementos de producción, tierra, trabajo, capital, cambio y seguridad?

La sociedad—ó si se prefiere la palabra, el gobierno—cobraría por la tierra, bajo el título de instrumento de trabajo, un equivalente justo de las cualidades, fuerzas y facultades productivas é imperecederas del planeta, que al presente son monopolizados por unos pocos, los propietarios; esta suma ó parte no aseguraría solamente el mantenimiento de la fertilidad productiva del suelo y la reposición de lo que se haya perdido en el proceso del cultivo— de lo cual hablaremos más extensamente cuando nos ocupemos de la agricultura y de la floresta—sino también el aumento del capital de la sociedad y reemplazaría los tributos.

Al capital iría una parte tal que fuese suficiente á conservarlo continuamente en buen estado y reemplazarlo cuando fuere quebrantado, cuya suma sería muy insignificante comparada con la que cobran hoy los capitalistas.

Reducido el comercio á un simple acto de cambio, y no habiendo necesidad de obtener ganancias sobre los objetos de consumo, sino solamente asegurar una suma suficiente para dar la necesaria recompensa á los que ejerzan las funciones del cambio por los servicios prestados por los que se encarguen del transporte, cuiden, arreglen y los transmitan á los compradores, á cambio de un equivalente en signos de cambio ó dinero, no costaría casi nada, más especialmente cuando las facilidades ofrecidas por la organización del correo se extiendan á toda clase de transportes.

Una pequeña cantidad se destinaría á la seguridad, procedente de todas las clases de la producción, y sería suficiente para precaver toda clase de accidentes y garantizar la vejez y la juventud desamparada contra la necesidad y la miseria; esta pequeña cantidad procedería también de los productos de la fertilidad inextinguible del suelo.

Como habría poco ó casi nada que dar en concepto de tributos al gobierno, que en una organización tal de la industria se transformaría en una simple función administrativa de los intereses generales, y cuyos gastos serían cubiertos por las rentas obtenidas de las facultades esencialmente productivas del globo, apenas habría nada que pagar.

Por tanto quedarían, como parte debida á los esfuerzos de los trabajadores, cuando menos las tres cuartas partes de la producción rural de la riqueza, lo cual está muy lejos de suceder al presente.

Habiendo demostrado esta verdad, que todo lo que contribuye á la producción de la riqueza tiene su parte equitativa en la distribución, y habiendo determinado asimismo y en cierto modo la parte que á cada elemento corresponde, tenemos que examinar ahora si la solución del problema del trabajo y de la industria no depende de la manera en que los centros industriales de producción, cambio y consumo hayan de organizarse.

LOS VEDAS

En el duelo pendiente entre la ciencia y la religión, es de notar que la primera progresa incesantemente, á la par que la segunda permanece naturalmente estacionaria.

Desde la religión primitiva de los indios, consignada en los libros sagrados de los Vedas, hasta la cristiana consignada en la Biblia, pasando

por las creencias de los chinos, de los egipcios, de los griegos, de los incas, de los romanos, de los árabes, y tantos otros, nos encontramos siempre con lo mismo: seres sobrenaturales, creadores y protectores de los hombres; espíritus del mal, vencidos por aquéllos, y como consecuencia práctica del dogma, sacerdotes de todas esas religiones explotando en beneficio propio las creencias de los demás.

Aunque hacemos á todos nuestros lectores la justicia de creerles sobradamente convencidos de la anterior afirmación, la probaremos publicando algunos suktas (1) compuestos por varios rishis (2) y dedicados á Indra (3), Agni (4), los Marutos (5), etc. En estos himnos, verán nuestros lectores representado á Vritra (6), y se convencerán de que la rapacidad sacerdotal era la misma muchos siglos antes de Jesucristo que en nuestros tiempos.

Consideramos la publicación de esos himnos tanto más útiles, cuanto que no existe de ellos ninguna traducción española.

Sukta V

(Compuesto por Kanwa, y dedicado á Brahmanaspati)

1. Levántate, Brahmanaspati; nosotros, los adoradores de los dioses, te invocamos; generosos Marutos, estad cerca de nosotros; Indra, dignate acompañarnos en esta libación.
2. El hombre te celebra, oh hijo de la fuerza, para obtener las riquezas por el enemigo abandonadas. Marutos, pueda este que os alaba obtener muchas riquezas.
3. Acérquese á nosotros Brahmanaspati, junto con la diosa de la verdad; expulsen los dioses á todos nuestros enemigos; condúzcannos al sacrificio ventajoso para el hombre y abundante en ofrendas presentadas con respeto.
4. El que ofrezca al sacerdote regalos dignos de ser aceptados, gozará riquezas inextinguibles; para él invocamos á Ila, compañera de los esforzados guerreros.
5. Brahmanaspati proclama la oración sagrada en el mismo sitio en que habitan los dioses Indra, Varuna, Mitra y Aryman.
6. Recitemos, pues, esa oración feliz y perfecta; dignaos oírla y haced que todas las palabras que la componen lleguen á vuestros oídos.
7. ¿Quién es el que puede acercarse al adorador de los dioses, al que extiende la sagrada yerba? Precisamente aquel que presenta ofrendas, pues este es el que tiene una habitación en donde abundan las riquezas.
8. Dejad que Brahmanaspati concentre sus fuerzas para que mate al enemigo con la ayuda de las divinidades reales; jamás retrocede en los momentos de peligro; armado del trueno no hay quien le venza ni le supere en ningún combate.

Sukta VI

(Compuesto por Kanwa y dedicado á varias divinidades)

1. El hombre á quien protegen el sabio Varuna, Mitra y Aryman subyuga pronto á sus enemigos.
2. El que se halla colmado por ellos de riquezas y por ellos protegido contra los malos nada tiene que temer, y tiene la seguridad de prosperar.

(1) Himnos sagrados. (2) Sacerdotes indios. (3) Dios supremo. (4) El Sol.
(5) Divinidades secundarias. (6) Demonio de los indios.

3. Los reyes Varuna, Mitra y Aryman destruyen á los enemigos de sus adoradores y anulan las consecuencias de sus malas acciones.

4. Adityas que venís al sacrificio: el camino se halla expedito para vosotros y desprovisto de espinas; no se prepara aquí ninguna ofrenda que sea indigna de vosotros.

5. Adityas, que este sacrificio, al que acudís por el camino más corto, sea para vosotros una causa de alegría.

6. El mortal por vosotros favorecido se halla desprovisto de mal, obteniendo además grandes riquezas y decendientes que se le parecen.

7. ¿Cómo podremos recitar alabanzas que sean dignas de la deslumbrante gloria de Varuna, de Mitra y de Aryman?

8. No os recomiendo al que ofende ó ultraja al adorador de los dioses. en cambio, deseo que me seáis propicios, y para lograrlo os presento mis ofrendas.

9. A vuestro adorador no le gusta hablar mal de nadie; por el contrario, siente el mismo temor que aquel que juega á los dados, hasta que la jugada se haya verificado.

Sukta VII

(Compuesto por el mismo rishi y dedicado á Pushan)

1. Pushan, sírvenos de guía en nuestro camino; separa á los malos que puedan servirnos de obstáculo; camina delante de nosotros, oh hijo de las nubes.

2. Si algún enemigo pérfido, algún ladrón ó algún malvado nos señala un camino distinto del que debemos seguir, expúlsalo del camino.

3. Expulsa sin piedad á cuantos intenten estorbar nuestro viaje, así sean ladrones como portadores de falsas noticias.

4. Pon debajo de tus piés á cualquier ladrón que emplea contra nosotros la astucia ó la violencia.

5. Del prudente y hermoso Pushan solicitamos esta protección que ha dado tanto valor á los patriarcas.

6. Tú que tienes esa propiedad y posees armas de oro, concédenos riquezas, á fin de que podamos distribuirlas con generosidad.

7. Hoy que nuestro camino se halla guardado contra nuestros enemigos, condúcenos por un camino fácil y protégenos mientras dure nuestro viaje.

8. Llévanos á los sitios á donde abunda el pasto; procura que no haga demasiado calor mientras dure nuestra travesía y protégenos siempre que nos hallemos de viaje.

9. Sé favorable á tus adoradores, prodígalos la abundancia y dale sin reparo todo lo que sea apetecible; fortificanos y llena nuestros estómagos. Protégenos, oh Pushan, mientras dure nuestro viaje.

10. No criticamos á Pushan; por el contrario, le celebramos con nuestros himnos, le imploramos para que nos conceda riquezas.

Sukta VIII

(Compuesto por el mismo rishi y dedicado á varias divinidades)

1. ¿Cuándo podremos repetir un himno al sabio, generoso y poderosísimo Rudra? ¿cuando podremos alabar al que idolatran nuestros corazones?

2. Cantemos un himno para que la tierra conceda á nuestros ganados, á nuestro pueblo y á nuestras vacas todos los regalos que nos prodiga Rudra.

3. Un himno que satisfaga á Mitra, Varuna, Rudra y demás dioses, y que nos haga dignos de ser por ellos favorecidos.

4. Pedimos la felicidad á Sanyu y á Rudra, protector de los himnos y de los sacrificios y dueño de los remedios más fecundos en resultados.

5. ¿Quién es más brillante que Sanyu, este dios que causa á la vista la misma impresión que el oro? Sanyu es el mejor de los dioses, el que nos concede habitaciones.

6. El es quien da la felicidad á nuestros caballos, á nuestros carneros, á nuestras ovejas, á nuestros hombres, á nuestras mujeres y á nuestras vacas.

7. Concédenos, oh Soma, una prosperidad capaz de contentar á cien hombres, y entrégnanos además una cantidad considerable de víveres.

8. Que los enemigos de Soma, que los nuestros propios no puedan perjudicarnos; danos, oh Indra, una comida abundante.

9. Soma, tú que eres inmortal y resides en una morada deliciosa, sé favorable á tus súbditos cuando los ves ocupados en adornarte mientras se verifica el sacrificio en honor tuyo.

Sukta I

(Compuesto por Praskanwa, hijo de Kanwa y dedicado á Agni)

1. Agni, tú que eres inmortal y conoces todo lo creado, concede al que te hace esta ofrenda toda suerte de riquezas y una buena morada; haz que comparezcan hoy en este sitio todos los dioses que se despiertan por la mañana.

2. Tú eres, Agni, el mensajero de los dioses, el portador de las ofrendas, el vehículo de los sacrificios; únete á Ushas y á los Aswinos, y repártenos alimentos abundantes y nutritivos.

3. Hoy nos dedicamos á Agni el mensajero, el que da la luz y es querido por tantos hombres, el que tiene un estandarte de humo y protege á los que le adoran al amanecer.

4. Apenas amanece el día, empiezo por alabar á Agni, el mejor y más joven de los dioses, el huésped del hombre, el que por todas partes es invocado; él es amigo del hombre que le presenta ofrendas, y conoce todo lo creado; yo le suplico que haga venir aquí á las demás divinidades.

5. Agni, sostén del Universo, portador de ofrendas, tú que mereces ser adorado, que eres libre de la muerte; tú que eres salvador del que sacrifica, permite que te alabe.

6. Joven Agni, cuyas llamas son encantadoras, tú que eres generalmente invocado y á quien rogamos veles por la felicidad de tu adorador, oye nuestras oraciones y haz honor al hombre divino, concediendo larga vida á Praskanwa.

7. Todos los pueblos iluminan los altares de Agni sacrificador; tú todo lo conoces, oh Agni, á quien invocan las masas, haz que vengan pronto aquí las sabias divinidades.

8. Tú que eres objeto de sagradas ceremonias, espera que el crepúsculo expulse á la noche, y entonces tráenos tú mismo á Savitri, á Usha, á los Aswinos y á Bhaga; los hijos de Kanwa derraman libaciones y encienden fuegos en los sitios destinados á repartir las ofrendas.

9. Agni, tú eres el protector de los sacrificios de los hombres y el mensajero de los dioses; tráenos á los dioses que despiertan con la aurora y contemplan al Sol, á fin de que puedan beber el jugo del soma.

10. Luminoso Agni, visible para todos, tú has brillado después de muchos crepúsculos; tú proteges al habitante de las aldeas; tú eres el socio del hombre que se coloca á la derecha del altar.

11. Te colocamos, Agni, en el mismo sitio en que te colocó Manú; tú eres el complemento del sacrificio, el invocador, el sacerdote, el sabio, el destructor de los enemigos, el inmortal, el mensajero de los dioses.

12. Cuando tú, que aprecias de veras á tus amigos, te hallas presente al sacrificio y cumples la misión que los dioses te confían, entonces tus llamas rugen, como rugen las olas tumultuosas del Océano.

13. Vigilante Agni, dignate escucharme; haz que Mitra, Aryman y demás divinidades matinales, acompañadas de todos los dioses, se sienten sobre la sagrada yerba y asistan al sacrificio.

14. Oigan nuestras oraciones los generosos Marutos, ellos que tienen lenguas de fuego, y activan el sacrificio; venga Varuna con los Aswinos y los Ushas, cumpla las ceremonias y beba después el jugo del soma.

Sukta II

(Compuesto por el mismo rishi y dedicado al mismo dios)

1. Agni, adora á Vasa, Rudra, Aditya y á todo sér viviente.

2. Los dioses conceden recompensas al hombre que presenta ofrendas; dueño de los caballos rojos, ya que te hemos conquistado con nuestras alabanzas, conduce aquí á las treinta y tres divinidades.

3. Agni, tú que verificas acciones solemnes y conoces á todas las criaturas nacidas, oye las invocaciones de Praskanwa, así como has oído las de Priyamedha, de Atri, de Virupa y de los Angiras.

4. Los que verifican grandes ceremonias, los que ofrecen sacrificios agradables, todos han invocado la protección de Agni, porque brilla con una luz pura entre todas.

5. Ya que te invocamos con ofrendas, dignate oírnos, tú que concedes recompensas; escucha las alabanzas que los hijos de Kanwa te dedican con objeto de obtener tu protección.

6. Tú, Agni, que concedes una comida abundante, y eres querido del pueblo, deja que te invoquen los hijos del hombre, pues tu cabellera es brillante, y tú llevarás las ofrendas á los dioses.

7. Los sabios te han colocado en los sacrificios, en el mismo sitio en que te coloco yo, en el sitio que corresponde á un sacerdote, y al que sabe conceder grandes riquezas; tú oyés desde lejos y tu gloria es reconocida en todas partes.

8. Los sabios, derramando libaciones del jugo de soma, te han llamado grande y poderoso, Agni, para que pruebes los alimentos del sacrificio y te presentan la ofrenda de parte de quien te la ofrece.

9. Tú que produces la fuerza; tú que das recompensas y habitaciones, coloca hoy sobre la sagrada yerba á las divinidades que se mueven por la mañana y á todos los demás seres divinos para que beban el jugo del soma.

10. Dirige varias invocaciones á la divinidad y ofrece á los dioses generosos el jugo del soma; deja que lo beban y se deleiten, pues este jugo fué exprimido ayer.

Sukta III

(Compuesto por el mismo rishi y dedicado á los Aswinos)

1. La querida Ushas, invisible hasta ahora, desaloja á las tinieblas del cielo; Aswinos, yo os alabo con devoción.

2. Vosotros, que sois divinos y tenéis un aspecto agradable, hijos del mar,

dispensadores generosos de la riqueza, conceded habitaciones suntuosas como recompensa de los actos piadosos.

3. Desde que adelanta vuestro carro, arrastrado por fogosos corceles, corriendo por encima de los cielos, desde entonces proclamamos vuestras alabanzas.

4. Aswinos, el sol que hace evaporar á las aguas, que nutre, que protege, que contempla las sagradas, se digna alimentar á los dioses con nuestras ofrendas.

5. Nasatyas, aceptad nuestras alabanzas y probad el jugo nutritivo del soma; aceptadlo del que anima vuestros espíritus.

6. Aswinos, concedednos alimentos nutritivos capaces de dejarnos satisfechos, y expulsad de este modo las tinieblas de la necesidad.

7. Venid lo mismo que un navío, para hacernos navegar por un océano de delicias; preparad vuestro carro, oh Aswinos.

8. Vuestro barco, más espacioso que el cielo, se para al borde del mar; las gotas del jugo del soma son exprimidas para rendiros alabanzas.

9. Hijos de Kanwa, preguntad á los Aswinos por qué los rayos del sol proceden del cielo. Preguntad por qué aparece la aurora en la región de las aguas. Preguntadles en qué lugar desean darse á conocer.

10. Luz había para hacer brillar á la aurora; el sol apareció brillante como el oro; y el fuego resplandeció con sus llamas sombrías.

11. El sol trazó una trayectoria conveniente para traspasar los dominios de la noche; el resplandor del astro diurno se hizo entonces visible.

12. El adorador agradece todos los favores que recibe de los Aswinos, satisfechos ya con el jugo del soma.

13. Vosotros que dais la felicidad y habitáis al lado del que os adora, como Manú, venid aquí á beber el jugo del soma y aceptad nuestras alabanzas.

14. Pueda Ushas seguiros á vuestra venida, y quedad satisfechos de las ofrendas que os son presentadas durante la noche.

15. Bebed las libaciones, oh Aswinos, y haced que seamos felices, gracias á vuestra irreprochable protección.

Sukta IV

(Compuesto por el rishi Praskanwa y dedicado á los Aswinos)

1. Aswinos que dais vigor al sacrificio, el dulce jugo del soma es exprimido para vosotros; bebed el que hemos exprimido ayer, y conceded grandes riquezas al que os lo ofrece.

2. Venid, Aswinos, con vuestro carro triangular de tres columnas; los hijos de Kanwa repiten vuestras alabanzas en el momento del sacrificio; dignaos escuchar sus súplicas.

3. Aswinos que dais importancia al sacrificio, bebed el dulce jugo del soma; acercaos hoy al que os presenta ofrendas, vosotros que tenéis aspecto agradable y sois poseedores de grandes riquezas.

4. Aswinos, que nada ignoráis y que os halláis tendidos sobre la sagrada yerba tres veces extendida; dignaos remojar el sacrificio con dulces líquidos; los ilustres hijos de Kanwa os invocan al derramar las libaciones.

5. Vosotros que gustáis de actos piadosos, concedednos la protección que en otro tiempo concedíais á Kanwa; bebed el jugo del soma, vosotros que dais vida á los sacrificios.

6. Aswinos de rostro benévolo, vosotros sois los que habéis concedido á

Sudas la opulencia que traíais dentro de vuestro carro; traednos también, así sea del firmamento como del cielo, las riquezas que los hombres ambicionan.

7. Nasatyas, tanto si habitáis lejos como cerca de nosotros, venid á visitarnos, junto con los rayos del sol, en vuestro carro bien construído.

8. Dejad que vuestros corceles os conduzcan al lugar en donde se verifica el sacrificio; vosotros, guías de los hombres, que concedéis alimentos á los hombres piadosos y desprendidos, dignaos sentaros en la yerba sagrada.

9. Venid, Nasatyas, en vuestro carro cubierto por el sol, y en el que tenéis recogida la abundancia, para ofrecerla á vuestros adoradores; dignaos venir á beber el jugo del soma.

10. Nuestros himnos tienden á invocar á los generosos Aswinos, para que estén cerca de nosotros y nos protejan. Venid á beber el jugo del soma en la habitación de los hijos de Kanwa.

Sukta V

(Compuesto por el mismo rishi y dirigido á Ushas)

1. Ushas, hija del cielo, haz relucir tus riquezas ante nosotros; tú que derramas la luz, concédenos gran abundancia de alimentos; diosa bienhechora, haz que resplandezca ante nosotros la luz de la abundancia.

2. Poseedoras de caballos, de vacas y de riquezas, las diosas de la mañana tienen á su disposición todo cuanto hace falta á los hombres; Ushas, dirígeme tiernas palabras y envíame la abundancia.

3. La divina Ushas reside en los cielos; dejadla brillar hoy, pues ella recibe á los carros, lo mismo que los ambiciosos envían barcos al mar.

4. Ushas, cuando tú llegas, los sabios vuelven hacia tí sus pensamientos; el sapientísimo Kanwa proclama tu sabiduría.

5. Ushas, nodriza de los hombres, ven diariamente á dirigir, cual matrona, los trabajos del hogar doméstico; cuando llegas, agítanse los hombres, y los pájaros se despierten.

6. Ella es la que anima á los hombres diligentes y envía clientes á los patronos; ella la que derrama el rocío sin tardanza; oh tú que concedes los alimentos, mira cómo los pájaros al verte no suspenden ya su vuelo.

7. Ushas ha preparado su carro antes de la salida del sol; y viene con gloria á nosotros con más de cien carros.

8. Todos los seres vivientes la adoran para que se haga visible; ella alumbrá al mundo y derrama el bien por doquier; la opulenta hija del cielo expulsa á los malos y dispersa á los que absorben la humedad.

9. Brilla, Ushas, y derrama á tu alrededor una luz bienhechora; tráenos cada día mucha felicidad, y disipa las tinieblas.

10. Cuando te dejas ver, tú que traes la felicidad; el soplo y la vida de todos los seres reposan en tí; ven á nosotros en tu carro espacioso, tú que derramas la luz; escucha nuestras oraciones, tú que posees una opulencia maravillosa.

11. Ushas, acepta los alimentos que te ofrecemos, y haz que asistan á la ceremonia los hombres piadosos que te adoran con ofrendas.

12. Ushas, haz que los dioses bajen del firmamento para beber el jugo del soma, y concédenos una alimentación buena y nutritiva; danos también caballos y ganados.

13. Dejad que esta Ushas, brillante y resplandeciente derrame las riquezas á nuestro alrededor.

14. Adorable Ushas, á quien los antiguos sabios invocaban para obtener alimentos y protección, tú que brillas con luz pura, recibe nuestras ofrendas y acepta nuestras alabanzas.

15. Ushas, ya que hoy has abierto las dos puertas del cielo, concédenos una habitación espaciosa y gran número de ganados y de alimentos.

16. Adorable Ushas, haznos poseedores de riquezas abundantes y variadas; concédenos numerosos ganados, una fama que confunda á nuestros enemigos, y alimentos saludables.

(Concluirá.)

MISCELÁNEA

NUESTRO colega *La Révolte*, respondiendo á una consulta, dice: «Como periódicos anarquistas españoles conocemos *ACRACIA*, *El Productor* y *El Socialismo*, pero estos periódicos no son anarquistas completamente (*tout à fait*) en el sentido que lo comprendemos en Francia.»

Como en Anarquía no hay dogmas, no puede haber tampoco herejes; por lo tanto, los redactores de aquel periódico pueden entenderla á su manera y nosotros á la nuestra, dado caso que exista efectivamente diferencia.

Por nuestra parte estamos perfectamente convencidos de que todo lo que ha de resolverse en una demostración científica, no puede traducirse en un privilegio ni en un exclusivismo previo, y todos los amantes de la verdad y de la justicia deben hallarse preparados á hacer el sacrificio de sus preocupaciones para cuando la evidencia se manifieste refulgente y majestuosa.

A ese sacrificio nos hallamos dispuestos, sin que por esto renunciemos en lo más mínimo á nuestras convicciones y á nuestra actividad para la propaganda.

En este terreno deseamos ver á nuestro colega, y así esperamos lo manifieste en vista de la presente excitación, si no quiere que veamos en la recomendación transcrita un reclamo de estilo burgués para atraer suscritores á los periódicos de su comunión.

Esperamos la contestación de *La Révolte*.

Reproducimos con gusto los siguientes datos y consideraciones tomados de una revista economista norte-americana que, con la elocuencia de los números, evidencia la próxima ruina de la preponderancia burguesa y el consiguiente advenimiento del socialismo proletario.

El presupuesto de guerra y marina se distribuye del siguiente modo en las naciones que se indican:

Francia	912.500,000	frs.	que	corresponde á	24,40	frs.	por	habitante.
Inglaterra	792.000,000	—	—	—	21	—	—	—
Alemania	565.000,000	—	—	—	12,20	—	—	—
Estados-Unidos	250.000,000	—	—	—	4,50	—	—	—

El ejército de los Estados-Unidos consta de 27,000 soldados, y si tomamos este número como punto de comparación, y le ponemos frente á los 1.124,000 que suman los ejércitos de las tres naciones europeas mencionadas, resultará que éstas sacrifican la octava parte de su potencia productora. Esta evaluación se queda aún por debajo de la verdad, si se considera que los hombres así arrancados al trabajo se hallan en la flor de la juventud y en la edad en que se forma el carácter y se determinan las inclinaciones y las costumbres decisivas. La pérdida de ingresos que resulta de tal estado de cosas es enorme en sí misma y espantosa si se la considera como factor en la lucha industrial con los Estados-Unidos.

Veamos ahora lo referente á la deuda. Los Estados-Unidos han amortizado en diez años 2,650.000,000 de su deuda, y en otra década más quedará reducida á 0, mientras las ocho principales naciones de Europa debían en 1880 más de 100,000.000,000 y no ha disminuído desde aquella fecha. Sólo por razón de intereses, sin hacer mención del capital, representa por término medio unos cinco mil millones anuales arrancados á

los productos del trabajo en esas ocho naciones. Para hacer la comparación más comprensible, considérese la población de Inglaterra y Francia reunidas que excede poco de la de los Estados-Unidos. Aquellas naciones pagan 1,057.000,000 frs. por intereses de su deuda y 1,705.000,000 por su ejército y marina, teniendo bajo las banderas 730,000 hombres útiles para el trabajo, que si se calcula en 500 frs. anuales el valor de la producción que podrían efectuar cada uno, representa una pérdida neta de 365.000,000 francos resultando, por consiguiente, una pérdida total de 3,107.000,000 frs. las cargas anuales que esas dos naciones soportan en concepto de deuda, guerra y marina.

En los Estados-Unidos, por el contrario, además de la enorme desamortización que se viene practicando, los mismos tres servicios sólo cuestan 762.500,000 frs.; es decir, que en tanto que Francia é Inglaterra pagan 53,75 frs. por individuo, en los Estados-Unidos por los mismos conceptos se pagan 13 frs.

Necesariamente esa desigualdad tiene grandes consecuencias en la lucha industrial, y si el régimen industrial no se cambia en un plazo breve, pronto veremos que las naciones europeas caerán en una deplorable inferioridad respecto del poder productor de los Estados-Unidos. Las causas de esta decadencia son indestructibles para la vieja Europa, toda vez que el régimen militar impuesto por las recíprocas desconfianzas arroja todo género de consideraciones económicas, y esto aumenta la miseria y la emigración que lleva á la joven América incalculables energías productoras que aumentan la anemia europea.

A todo esto ha de tenerse en cuenta que el capitalismo ha alcanzado en los Estados-Unidos el grado sumo de desarrollo y preponderancia, y por tanto los trabajadores han llegado también á los últimos límites de la explotación, y por tanto la lucha de clases es allí vivísima. El socialismo norte-americano es, no sólo una teoría, sino también una fuerza, y todo induce á afirmar que en aquel país se librará la gran batalla entre el capitalismo y el socialismo.

Un ingeniero austriaco acaba de inventar un nuevo truk para evitar el choque de los trenes.

Dicho tren marcha delante de los ferro-carriles á cierta distancia de la máquina, pero articulado y en comunicación telegráfica con ella.

Cuando ocurre un choque entre los trucks de dos trenes rómpense ciertos tubos de vidrio rellenos de mercurio por el que pasa la corriente eléctrica; interrúmpese el contacto y funcionan automáticamente los frenos de ambos trenes, deteniendo en el momento la marcha.

Un sabio químico y geólogo, el profesor Medeleef, acaba de emitir una opinión altamente tranquilizadora, para los que temían el agotamiento de los pozos de petróleo, precioso líquido mineral.

Descomponiendo el petróleo químicamente y reconstituyendo de nuevo por los mismos procedimientos que supone empleados por la naturaleza, el doctor Medeleef deduce que el petróleo es inagotable y que se reproducirá por sí mismo en el fondo de la tierra.

La hipótesis del doctor se funda en que las aguas que penetran en el interior del globo por las fisuras que se abren en el exterior, como resultado de las conmociones volcánicas, la ponen en comunicación con carburos metálicos que se hallan en estado de incandescencia y la descompone en gas hidrógeno carburado y en oxígeno que unido al hierro se oxida.

El gas, una parte se condensa y forma el petróleo; y otra parte sale por cualquier abertura de la tierra, arrastrando algunas veces la parte fluída y formando estas fuentes que se admiran en Rusia y en los Estados-Unidos.

Como el petróleo se halla en la proximidad de las cordilleras de montañas que al levantarse han dislocado el terreno á grandes profundidades, es inverosímil la explicación del Dr. Medeleef, porque el agua habrá podido penetrar hasta la parte en la que se la supone excluída.

Dejando ahora á un lado este problema interesante, diremos alguna cosa sobre el

ensayo del aceite, toda vez que para que reúna buenas condiciones, se necesita que no se inflame con facilidad.

Hasta ahora las grandes fábricas ensayaban el petróleo calentando el aceite en un recipiente abierto provisto de un termómetro y encima colocaban una luz. El termómetro marcaba la temperatura á que se verificaba la explosión.

Hoy día, la luz se ha sustituido con un conductor interrumpido de electricidad, que pueden formarle dos alambres de cobre, cuyos extremos, separados convenientemente, dan lugar á una descarga con formación de chispa eléctrica que se verifica por cada medio grado que se eleve la temperatura. El calentamiento se hace al baño-maría.

Hé aquí algunos datos estadísticos que representan la parte flaca del gran imperio alemán:

La población del imperio, cuya superficie es de 540,596'68 kilómetros cuadrados, ascendía, según los datos que arroja el último censo, á la cifra de 46.855,704 habitantes de ambos sexos, ó sea á 87 por kilómetro cuadrado.

La emigración alcanzó el año pasado la respetable cifra de 1.058,184, dirigiéndose la mayor parte de los emigrados á los Estados-Unidos de la América del Norte.

La Deuda del imperio asciende á 316.263,473 marcos, y los billetes del Banco imperial en circulación, á la cifra de 133.868,475 marcos.

En obligaciones para construcción de fortalezas, hay invertidos 20.479,500 marcos, y disponibles para caso de guerra, 120 millones de marcos.

Si la emigración no disminuye, que no disminuirá mientras subsistan las causas que la producen, fácil es predecir cual será el número de habitantes que tendrá Alemania en 1934, y dónde irá á parar su crédito, sus billetes de Banco imperial y sus capitales disponibles para caso de guerra.

En el Congreso de Medicina celebrado en Washington en Setiembre próximo pasado, el Dr. John W. Ouchterlony, de Louisville, leyó un estudio sobre *La historia natural de las enfermedades*, en el que expone las ideas siguientes:

Las enfermedades son condiciones naturales, aunque no normales; sería racional suponer que la misma fuerza que las produjo es también capaz de hacerlas desaparecer. Lo cierto es que la naturaleza constituye un remedio bastante más eficaz de lo que generalmente se cree, y todo tratamiento inteligente debe basarse en el conocimiento de la historia natural de las enfermedades. Para llegar á este fin, son necesarios los esfuerzos reunidos y las observaciones de gran número de hombres científicos del mundo entero, que comunicarán las que posean sobre las diferentes enfermedades, sobre la influencia que ejercen en ellas la edad, el sexo, la ocupación, etc., sobre su duración, su mortalidad y el modo por el cual causan la muerte.

A los que consideran que fuera criminal abandonar una enfermedad á los esfuerzos de la naturaleza, el autor les contesta: 1.º Esto sería un tratamiento tan legítimo como la administración de medicamentos cuyas propiedades no conocemos, como sucede diariamente en los hospitales. 2.º La naturaleza que ha engendrado la enfermedad, es lo bastante potente para producir su curación. 3.º En muchas afecciones agudas se admite generalmente que hay una tendencia marcada á la curación espontánea. 4.º Muchas enfermedades poseen la propiedad de auto-limitación. 5.º ¿Cuántos medicamentos hay que tienen una nombradía fenomenal y que sólo poseen propiedades curativas muy débiles? No son ellas las que produjeron la curación sino la naturaleza. 6.º Enfermedades de la misma naturaleza, tratadas de diferentes maneras, curan. 7.º Muchas enfermedades desaparecen, aun cuando el tratamiento instituido sea dañino.

Estas conclusiones fueron apoyadas por varios de sus colegas.

Aunque faltos en absoluto de competencia para juzgar en asuntos de medicina, nos complacemos en consignar estas ideas, dejando la responsabilidad de ellas á su autor, porque las consideramos de trascendencia sociológica.

Acaba de verificarse en Washington un importantísimo Congreso de mujeres cuyo objeto era discutir los medios para reclamar la igualdad civil del hombre y de la mujer, y al que asistieron más de seiscientas delegadas de Suecia y Noruega, de Finlandia, de Francia, de Inglaterra y de Suiza. El célebre socialista ruso *Kropotkin* le ha dirigido la siguiente carta que fué leída en la sesión del 25 Marzo:

«Mujeres de América: Con profunda simpatía no puedo menos de participaros que mis compatriotas, las mujeres de Rusia, van también á seguir vuestros trabajos. En las dos extremidades del mundo civilizado ha de resolverse el mismo problema: abolir los privilegios que disfruta una mitad de la humanidad á expensas de la otra mitad.

»Bajo un régimen despótico las mujeres rusas han fundado 430 liceos, en donde 91,000 alumnos reciben instrucción, y 4 universidades, cuya influencia no ha podido resistir el gobierno. Activamente confundidas en el movimiento de emancipación de los siervos, no han temido la cárcel ni el destierro. Sin los obstáculos opuestos á su libertad de seguro que se encontrarían entre vosotras. Sin embargo, no me dirijo á vosotras solamente como compatriota de estas valientes mujeres rusas, sino también como miembro de la gran escuela socialista que pretende libertar la humanidad del yugo autoritario que le domina.

»He asistido al despertamiento intelectual de las masas y al desarrollo del sentimiento de verdadero sacrificio en el corazón de los proletarios; con pleno conocimiento de causa vengo á deciros que ha terminado este sistema que condenaba á gran parte de los hombres á la pobreza, á la ignorancia y á la humillación. El fin de este siglo se señalará por el supremo esfuerzo de los trabajadores y por la transformación absoluta del estado actual de las cosas. Cuando estalle este movimiento, ¿á qué lado queréis estar? Seguramente en el que se luche por la igualdad de todos los seres humanos, sin distinción de razas, de clases ni de sexos.

»Y, en efecto, ¿con qué derecho poseéis la riqueza y el lujo? Porque vuestro padre ha trabajado? ¿Porque vuestro esposo es instruído? Pero, ¿por ventura el padre de la infeliz muchacha que mal alimentada y peor vestida, va diariamente á la fábrica, en donde quizá encuentre la muerte, su padre, repito no ha trabajado también?

»No podréis menos de comprender—discutiendo acerca vuestros derechos políticos—que, sea hombre ó mujer, el pobre carece de todos los derechos del rico, y por consiguiente os diréis entre vosotras: «¿Mi fortuna no ha sido creada á costa de mis hermanas?» ...Entonces, estoy seguro que no demoraréis ni por un momento en aliaros con los trabajadores, animándoles con vuestra energía y con vuestra inteligencia.

»Luchad, pues, por vuestra emancipación, pero sabed que sólo llegaréis á ella trabajando constantemente en pro de la humanidad entera.—*P. Kropotkin.*»

Los consejos de tan decidido compañero no han sido desatendidos. Las tres primeras sesiones del Congreso se han consagrado al estudio de las diferentes cuestiones morales y económicas, y pronto la discusión ha versado sobre el interés que deben tener las mujeres de dedicarse al ejercicio de ciertas profesiones. La secretaria de la *Asociación de la prensa internacional femenina*, Miss Marion Bride, ha expuesto la influencia que las mujeres de América habían tenido sobre el periodismo en su país, y ha concluído pidiendo que los directores de periódicos admitan á las mujeres, pues que está bien demostrado que pueden, al igual que otros individuos del sexo opuesto, desempeñar perfectamente al cargo de *reporters*, ó ser excelentes corresponsales.

Una oradora ha abogado en pro del derecho que tiene la mujer de ejercer las profesiones de abogado y de procurador. Otra americana expuso la parte activa que las mujeres han tomado en la obra social emprendida por los *Caballeros del Trabajo*. Hace poco tuvieron una reunión á la que asistieron 1,500 afiliadas á dicha Asociación, en la que protestaron enérgicamente contra la odiosa explotación de que en Pensylvania son víctimas los niños, pues hay 125,000 de éstos de uno y otro sexo, menores de trece años, empleados en los talleres, en las factorías y en las minas.

En resumen, en este Congreso han sido ampliamente tratados, con un criterio bastante elevado, muchas de las diferentes cuestiones que afectan al bienestar de la mujer, resolviendo siempre de modo altamente razonado y equitativo.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.